

EL MIRLO

Setián tenía un mirlo que llovía metáforas por su boca
 tenía un trono a la derecha de cada estrella norteña
 y una perla de nata en los cráteres ocultos de la luna.

Setián tenía un sepulcro enmohecido y joven enamorado en la escolopendra
 Setián tenía una higuera de fruto infinito sobre sus hombros.

Pero Setián cambió su mirlo por treinta halazos de sangre inexistente
 Setián tenía un perro de paja y una gallina cuadrículada,
 tenía una viga de cemento atravesada por mil espigas de hambre
 e invisibles huecos para la sabiduría.

Setián tenía un corazón que desafinaba su cantar por una vena
 jay, Setián! Está clamando sus inocentes, el mirlo está enjaulado.

El muchacho me miraba.
 No sabía que las últimas golondrinas vinieron con las espaldas negras.

Pensaba que se habían derretido las gotas de rocío.
 Pero no. Allí estaban.

El dolor trepidante las devolvía fieles al temblor.

El muchacho me miraba.

La flor era un fuego de arpas divinas y abrasadas nubes de esperanza.

El muchacho me miraba.

La hormiga suspiraba oro donde los muertos pretendían resucitar al culpable.

Volvieron las pupilas a embelesarse.

Pero no. Ya estaba angélica la piedra.

El muchacho me miraba

y su rostro me aprehendía lentamente la inocencia marchita.

Era una lágrima dibujada en un espectro de sangre
 lo que rompió la ignorancia sobre la tierra.

El muchacho me miraba.

Dos cejas como dos lechos de plumas palpitantes.

El muchacho me miraba.

Sus ojos derretían a la luna extasiada de recién nacida.

El muchacho me miraba.

Olvidaba en mi palidez los espacios del olvido.

El muchacho me miraba.

Mi corazón palmeaba al viento y lo mataba.

El muchacho me miraba.

Desde su áurea extrañeza, amor ya herido,

el muchacho me miraba.

Carmen Gallego Aranda,
 20 años, Madrid

A UN ARCO DE PIEDRA

Negras son sus raíces,
 en la tierra silenciosa,
 verde y gris atravesada,
 vetusta espina y hermosa,
 de la historia arrebatada.
 Arco romano de piedra,
 tu sillar es una rosa,
 florecida y olvidada,
 dentro de ti hay una diosa,
 envejecida y dorada.
 Tú me dirás, bajo tu sombra,
 donde la alondra,
 se posa,
 a cantarte en la alborada,
 donde su luz caprichosa,
 te desnuda, avergonzada,
 y muestra, romana hermosa,
 tu piel rugosa y labrada.

Madrid, 1988

DELIRIO

Poetas a la luz de la luna,
 en las calles de la bohemia barriada,
 sombrío destierro del arte olvidada,
 del borracho anciano la que fue su cuna.
 Y a la mañana encontrar entre la bruma,
 símbolos de una especie extinguida,
 lo que ayer fueron restos de una vida
 un libro de poemas y una pluma.
 Y los sueños de mil amores soñados,
 vagando van por el cielo de la mente,
 y quieren convertirse en versos ¡Qué delicia!
 Y a la ventana del mundo asomado
 el poeta, por arte de magia, siente,
 en pleno delirio, una caricia.

Madrid, 1987

EL MURO

La tristeza te mira,
 desde el otro lado;
 su cara es soledad y abandono,
 y muros grises de la guerra.
 Hierro y cemento,
 silencio vacío que te llena,
 mientras vibra, al otro lado
 un viento de libertad.
 Muro que no deja,
 pasar,
 el sol de la alegría.
 Muro que se queda,
 siempre,
 las esperanzas de la luz,
 y los sollozos

de impotencia.
 Muro de lamentaciones,
 que naciste de un lamento
 de odio y muerte.
 Muro de amargura,
 y amarga prisión de piedra,
 tan sólo los gorriones
 cruzan sus alambradas.

Berlín, agosto 1988

José M.^a Bento San Román
 16 años